

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Tenemos un Salvador
(8 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

LUCAS 2:10,11; 1.TÍMOTEO 3:16

En la quietud nocturna del campo cerca de Belén, lejos del bullicio del mundo, un grupo de hombres despreciados escuchó el cumplimiento de la promesa del Antiguo Testamento: “No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor”.

Con el nombre “Salvador” se describe la vocación que Jesús, el Señor, debía cumplir. “El Padre ha enviado al Hijo como Salvador del mundo” (1.Jn. 4:14). Ese amor incondicional e incomprensible de Dios que no abandonó al mundo perdido, sino le dio al Salvador, Redentor, puede y quiere sacar a cada uno de la esclavitud del pecado y culpa. No hay pecado tan grande que fuere imposible de ser redimido con Su sangre. Cualquier atadura de pecado y muerte ha sido quitado y el poder de la maldad se ha destruido. “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1.Jn. 3:8; 2.Co. 5:21; He. 1:1-4).

Ayer, hoy y para siempre Jesús sigue siendo el Salvador del mundo. Dondequiera que necesitemos perdón o redención de pecado, desde la negligencia o superficialidad frente al mensaje de Dios o de alguna necesidad, una opresión, una incapacidad, una culpa respecto a algún prójimo, debemos saber esto: El Salvador está aquí. Él nos escucha cuando clamamos a Él y Él puede y quiere redimirnos. “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1.Co. 15:54b,55,57).

No debemos buscar nuestra ayuda en cualquier otro lado. Si dirigimos nuestra mirada al Salvador, estamos conectados con el autor y consumidor de nuestra fe. “Toda nuestra pena la lleva al final, por eso podemos cantar con júbilo y gozo: Alabado sea mi Dios, mi Salvador, grande y poderoso”. (G. Wissel 1590-1635; lea Lc. 1:46-55.)



Día 2

Sofonías 3:16,17; Isaías 63:8,9

Jesús, el Salvador del mundo, quiere quitar todo temor que de forma rápida nos ataca a veces y nos hace sentir impotentes. “No temas; ... no se debiliten tus manos. Jehová está en medio de ti, poderoso, él salvará”.

Los hombres alrededor de los sucesos de la Navidad sentían temor. María “se turbó”, cuando el ángel hablaba con ella. Los pastores en el campo “tuvieron gran temor” (Lc. 1:28-30; 2:9,10). El ángel no preguntó ni a María ni a los pastores por el motivo de su temor. Para él era muy conocido que los hombres sintiesen miedo. Desde la caída en pecado de Adán y Eva en el Edén, los hombres sienten temor. A veces razonable, otras veces sin razón. “Adán y Eva se escondieron de la presencia de Jehová Dios” (Gn. 3:8,10).

Que tengamos miedo de Dios y nos escondamos de Él, eso es el propósito de Satanás, quien nos mete por diversas maneras en temor. Porque Jesús vino como Salvador al mundo, el ángel pudo responder al temor de los pastores y a todo ser humano con la promesa de Dios: “No temáis; ... que os ha nacido hoy ... un Salvador”. También nosotros podemos apropiarnos de esa promesa. (Lea Jn. 16:33; He. 2:14,15.)

Amy Carmichael describe lo que experimentó en una situación de extremo temor. Como joven misionera estaba viajando desde Japón a Ceilán, que hoy es Sri Lanka. “El día sábado, 28 de Julio, salimos en barco velero. Ya el viernes en la noche nos teníamos que embarcar. Pronto se alejó el pequeño barco en el que estaban mis amigos que me acompañaban. Empecé a tiritar por el frío, y la soledad se apoderó de mí con temor. De repente me acordé de las frases conocidas: ‘Oh, Salvador, en ti confío, tú eres mi piloto, aun a través de tormentas y grandes olas me llevarás al puerto seguro’. Cuando pensé en mi Salvador, el temor se fue. Experimenté que a pesar del agua terriblemente oscura, él había ahuyentado mi temor, nuevamente sentí profunda paz en mi corazón. Cuando no se veía ni la luna ni las estrellas, el Salvador era mi luz”. (Lea Sal. 27:1-3; Is. 26:3; 50:10.)



Día 3

Salmo 28:7; 25:1-3

¿Conocemos palabras, textos de la Biblia de memoria y las expresamos delante del Señor? David se aferraba fuertemente a su Señor: “Muestra tus maravillosas misericordias, tú que salvas a los que se refugian a tu diestra”. Cuando él estaba en el desierto de Judá testificaba: “Guárdame ... escóndeme bajo la sombra de tus alas” (Sal. 17:7,8). La sombra natural le faltaba al fugitivo David, él sufría del tremendo calor. Tampoco podía ampararse en ningún hombre. Pero él miraba a su Salvador. “En él confió mi corazón, y fui ayudado” (Sal. 28:7).

¿Acaso no lo hemos experimentado también, cómo una mirada de confianza al Salvador del mundo nos sacó de la oscuridad y nos traspasó a su luz? A Él se puede llamar a cualquier hora, de día y de noche. Nunca nos dirá: No estoy disponible o se me puede contactar solo a cierta hora. (Lea Sal. 138:3-8; 50:15; 55:22.)

Hemán, ezraíta, clamaba: “Oh Jehová, Dios de mi salvación, día y noche clamo a ti ... Inclina tu oído a mi clamor”. Incluso sus preguntas: ¿Por qué? no las retuvo: “ ... ¿por qué desechas mi alma, por qué escondes de mi tu rostro?” No leemos nada de una respuesta directa, sin embargo la esperanza triunfa sobre la oscuridad y el temor porque Hemán conocía a su Dios Salvador. (Lea Sal. 88:1-4.14,15.)

Las preguntas por el ‘por qué’ no están prohibidas delante del Señor. Con palabras muy personales podemos hablar con Él y soltar delante de Él nuestras quejas: “Mi Salvador, ¿por qué pasó todo esto? ¿Por qué tengo que esperar tanto tiempo tu respuesta? ¿Por qué no experimento en esa situación nada de tu poder? (Éx. 5:22 – 6:8; lea Sal. 13:1-6; 42:9-11; Hab. 2:1-4).

Elisabeth Elliot (1926-2015) escribió: “Yo he clamado muchas veces al Señor con la pregunta ‘por qué’. Acontecieron tantas cosas en mi vida, que con la razón humana no se las entendía. En la oscuridad de mi consternación, Él no me rechazó. Una y otra vez escuchaba la voz tranquila de mi Salvador: Confía en mí”. (Lea Lm. 3:22-24.)



Día 4

Isaías 43:10,11; Oseas 13:4

Hay solo *un* Salvador. “Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve”. ¿Acaso no es motivo de admiración y agradecimiento que podamos conocerle? Pedro se atrevía (delante de los ancianos, superiores y sumo sacerdotes) a confesar claramente respecto a Jesús (...): “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hech. 4:12).

Estas son palabras muy significativas también para nuestro tiempo en que experimentamos potencias que se oponen a Jesucristo, el Salvador, y no lo quieren reconocer. (Lea Lc. 2:34.) Millones de personas se dirigen a otros “salvadores” con otros nombres. Pero el Dios viviente ha dicho: “... llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21).

No hay diversas posibilidades por las que los humanos /hombres puedan ser salvos. Jesús es el único Salvador, sin excepción para todo el mundo, para todos los hombres. “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. (Lea 1.Jn. 1:8,9; 2:1,2.)

Ayer, hoy y mañana la salvación se encuentra solamente en Jesús. “Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado. Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Ro. 10:11-13; lea Jn. 5:24; 1.Ti. 2:3-6).

¡Qué privilegio si pertenecemos al grupo de personas que pueden decir: Jesús es mi Salvador, por el cual soy salvo, ante el cual no tengo que temer, porque me ama incondicionalmente. Él tampoco me deja solo, sino se queda conmigo hasta lo último de mi vida. (Lea Mt. 28:20; Jn. 10:9.)



Día 5

LUCAS 2:10,11; 1.JUAN 4:14

“... os ha nacido ... un Salvador”. Juan escribe en su carta: “Nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo”.

Después del encuentro de Jesús con la mujer en el pozo de Jacob, Él se quedó dos días con los samaritanos. Cada cual podía recibir la salvación en la fe, que no solamente se ofrecía a los judíos. Después de estos días los creyentes samaritanos testificaban: “Nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo”. (Lea Jn. 4:5-29,39-42.)

¿Creemos que el buen mensaje de Jesucristo, el Salvador del mundo, también significa todo para nuestra actual sociedad? Realmente es la única oferta de ayuda para los hombres que hasta el momento hayan vivido sin Dios. El nuevo nacimiento, el perdón y la transformación son la obra del Salvador. “Cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó ... por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente”. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. “Renovaos en el espíritu de vuestra mente y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Tit. 3:4-6; 2.Co. 5:17; Ef. 4:23,24).

El Señor nos ha dado “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” (2.P. 1:3). Él quiere derramar de sus riquezas celestiales, continuamente gracia y fuerza sobre nosotros, para que podamos ser mensajeros de su mensaje de salvación, testigos de Él, el Redentor, para nuestro mundo perdido. “Estad, pues, firmes, ceñidos ... y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz” (Ef. 6:14,15). “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación” (Is. 52.7; lea Ro. 10:12-15; Sal. 96:2,3.)



Día 6

LUCAS 2:11,25-32; 2.CO. 1:20-22

“... os ha nacido un Salvador”, este feliz mensaje trajo el ángel a los pastores en los campos cerca de Belén. Y después siguió diciendo: “... que es Cristo el Señor”. ¡Qué efecto debe haber hecho en aquellos que esperaban al Mesías.

Simeón, era uno de los que esperaban la salvación, tenía la promesa por el Espíritu Santo, que “no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor”. Cuando tenía el niño en sus brazos, “bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, ... porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos, luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel”. (Comp. Mt. 16:16; Jn. 1:41; 4:25,26.)

Con el niño recién nacido, que es el Mesías de los judíos, en griego “Cristo”, se cumplían todas las promesas de Dios. Pablo escribe a los corintios: “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios. ... el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones”. “En Cristo” estamos protegidos y amparados. En Él los propósitos de Dios alcanzan la meta. (Lea Is. 61:1-3; Lc. 1:31-33; Jn. 18:37.)

En estos días vemos muchos sin esperanzas, y nosotros a veces también nos sentimos así sin ninguna esperanza, entonces debemos recordar: Cristo ha nacido, Él es la única esperanza para el mundo, para los muchos hombres que están lejos de Dios y también para nosotros personalmente. “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón” (He. 10:35).

Pedro conecta con el nombre del Señor Jesucristo, haciéndonos recordar que “nos hizo renacer para una esperanza viva” (1.P. 1:3). Por medio de nuestro Señor Jesucristo llegamos a ser hombres de esperanza, hombres con una satisfacción en la vida que sobrepasa por mucho el horizonte de todo lo que se pueda percibir. (Lea Jn. 10:27-30; Ro. 5:1,2; He. 6:18,19.)



Día 7

Tito 2:13,14; 1. Corintios 1:4,5

“... os ha nacido hoy, ... un Salvador, que es Cristo el Señor”. La venida del Salvador a nuestro mundo no solamente tiene significado para el tiempo de la vida terrenal de cada uno, sino tiene consecuencias a largo plazo sobre lugar y tiempo. El Salvador, nacido en Belén, sacrificado y muerto por nosotros en la cruz, quiere tener con nosotros una viva relación. Esto significa que escuchemos su palabra y obedezcamos lo que Él dice.

Él también es el Cristo, que en poder y gloria volverá desde el cielo, quizás ya muy pronto. Los ángeles hablaron a los discípulos, que estaban presenciando el regreso del Señor al cielo: “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hch. 1:11). El Salvador llegó a nosotros como un niño, y volverá como Señor. “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20,21).

El Salvador prepara nuestro lugar en la patria celestial: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. (Lea Jn. 14:1-3,6; 2.Co. 5:1-9.)

¡Qué hermoso futuro está delante de nosotros! Con gozo indecible nos alegraremos, cuando hayamos alcanzado la meta de nuestra fe, cuando podamos ver a Jesús tal como es. (Lea Lc. 12:36; 1.P. 1:3-9; 1.Jn. 3:2,3.)



Día 8

Isaías 9:6,7; Daniel 7:13,14

El tercer nombre que el ángel anunció a los pastores era: el es Cristo el Señor”. Así, mucho tiempo atrás lo prometió Isaías: “Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite”.

Pasando por situaciones difíciles no debemos olvidar quién es Señor en realidad y quién rige todo. Jesús, quien nació como un niño en el pesebre, ha comprobado con su vida, su muerte y su resurrección su dominio sobre el diablo, sobre el pecado y sobre el poder de la oscuridad y la muerte.

Ahora Él ocupa el trono a la diestra del poder de Dios donde permanecerá Señor por toda la eternidad. “Quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades”. “... sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero” (1.P. 3:22; Ef. 1:20,21; lea Mr. 16:19; He. 4:14-16; 9:24).

¿Acaso no deberíamos reflexionar personalmente: ¿Hasta que punto reconozco a Jesús como Señor de mi vida? ¿Es Él mi Salvador y Señor personal? ¿Quiero que Él sea el Señor en mi vida diaria, el que tiene derecho de disponer sobre todo? (Lea Ro. 14:7-9; Col. 1:18.)

Hoy como en cualquier otro día queremos abrirnos conscientemente al gozo en el Señor y a su paz, que “sobrepasa todo entendimiento”. Queremos adorar a Jesús, el que vino al mundo como nuestro Salvador, nuestro Cristo, nuestro Señor.


